

*DM Mayo 21/32**36
53*

CUANDO, pasada la medianoche, rendida casi completamente la tarea de preparar esta edición, nos disponíamos al cese de nuestro trabajo, un momentáneo pasmo emocional, tan intenso como triste, nos impuso un aceleramiento más al conocer la amarga nueva: Fontanills había muerto!

Si en alguna ocasión es torpe la expresión, inevitablemente tiene que serlo ahora para nuestro sentimiento. Y es también innecesaria la confesión de nuestro estado de ánimo para dar la tristísima noticia, casi rebeldes a aceptar la inexorable realidad.

Enrique Fontanills, nuestro en igual medida que de toda esta sociedad que tan singularmente le estimaba desde hace muchos lustros, nuestro en la hermandad del trabajo, y de todos tenido por algo propio, (tal el hondo afecto que por doquier había conquistado su raro conjunto de mérito y virtudes personales), deja al expirar luto en un hogar, pero su muerte lleva duelo general a todos los hogares en que siempre se le, ofrecían simpatía y gratitud, estimación admirativa.

No es posible en esta rápida, inesperada expresión de pesar, ordenar ideas, superfluas al cabo, que exterioricen el grado de dolor que nos deja esta nueva baja en las filas del DIARIO DE LA MARINA, en las que Fontanills era un decano, como lo venía siendo en la Crónica, que le tuvo por Maestro eximio, único. Ha de bastar a cuantos concen el rango que ocupaba en nuestro afecto el buen compañero, saber que lo acabamos, de perder.

Laborioso, invencible hasta última hora, estuvo atento a sus leídasimas «Habaneras» que poco antes de expirar nos enviara, con la escrupulosidad que le caracterizaba en el cumplimiento de sus deberes.

Postrado hace tiempo en su lecho de dolor, que él parecía desdeñar no cejando en su ritmo habitual de trabajador animoso, limitada su actividad a la lectura y a la charla amistosa con sus visitantes, Enrique Fontanills no descuidó un solo día, ni el de su muerte, el celoso cumplimiento de sus atenciones periodísticas, en las que nunca admitió vacaciones ni asueto alguno, vinculado totalmente al sacerdocio que era para él su delicada y fatigosa labor.

Por ello, también hoy van alhajadas las «Habaneras» de esta edición con la firma de quien tan inusitada popularidad supo ganar y en las que (ya no le enojará que lo publiquemos) su nombre era lo que prestigiaba la más leída sección de las nuestras.

Serena, dulcemente, rodeado del fervoroso cariño de los suyos, Enrique Fontanills dijo adiós a la vida.

A su buena esposa, a sus tiernas hijitas, a sus hermanos, acompañamos con igual tribulación en su justo dolor.

¡Descanse en paz el queridísimo «Fonta», cuyo recuerdo ha de ser perdurable en esta casa!

DM Mayo 21/32

1932

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA